

Banderas

Iñaki Iriarte



LAS banderas pueden contemplarse con el corazón o con la cabeza. Se las contempla con el corazón, cuando provocan una emoción o un rechazo que nace de las vísceras. Se "ve" en la bandera a la patria amada, de forma parecida a como se ve en un icono religioso a la deidad a la que representa. En cambio, se contempla a una bandera con la cabeza, cuando se la considera una mera convención, cuya finalidad estriba simplemente en reflejar la realidad institucional de un territorio. Quien comprende las banderas así, no siente una particular emoción ante su bandera, sino a lo sumo el respeto que debe a las instituciones que nos dan derechos, deberes y seguridad, es decir, aquello que nos permite ser libres.

El próximo día 3 nos manifestaremos en Pamplona tanto los que "sienten" la bandera de Navarra con el corazón como los que la "piensan" con la cabeza. Unos y otros coincidimos en verla amenazada por el nacionalismo vasco y la izquierda podemita que han votado por la derogación de nuestra Ley de Símbolos. La finalidad de esta derogación es evidente –y así la han hecho explícita desde el cuatripartito–: intentar abrir una vía para que la ikurriña ondee en aquellos ayuntamientos

que así lo deseen. Frente a ese deseo, el 3 de junio vamos a afirmar que de ninguna manera un ayuntamiento ha de tener por separado el derecho a acreditar simbólicamente su pertenencia a Euskadi: ese derecho pertenece sola y exclusivamente a Navarra. Y esta ya tiene una bandera que une y representa a todos los navarros. Solo aquellos a los que no les parece suficiente su presencia y necesitan completarla con la de la ikurriña se autoexcluyen voluntariamente de ese símbolo común. Ellos sabrán por qué.

¿En qué sentido puede considerarse amenazada la bandera de Navarra por la derogación de la Ley de Símbolos? ¿No han propuesto, acaso, los nacionalistas que nuestra bandera ondee en solitario en nuestras instituciones el día 3? ¿No se trataría simplemente de que los pueblos que se sienten vascos puedan expresar libremente esa identidad? Que nadie se engañe. Es sabido que desde la Transición, cuando se hizo patente que la sociedad navarra no quería verse incorporada a Euskadi, el nacionalismo optó por una estrategia gradualista. Navarra es para ellos otra Granada que debe comerse grano a grano. Nunca han dejado de considerarnos "suyos" –y cada Teleberri de ETB así lo atestigua–. Sin embargo, asumen que la integración en Euskadi exige todavía algunas décadas más de adoctrinamiento, de decenas de millones de euros de inversión, en la enseñanza, los medios de comunicación, la cultura, el mundo laboral, las instituciones municipales y, ahora, también las forales. Un mapa de Navarra con pequeñas ikurriñas clavadas por cada ayuntamiento que "libremente" haya decidido adoptarla visibilizará

esa estrategia del "poliki-poliki, pero sin descanso". Para ellos, la parte del territorio cubierto por esas ikurriñas sería el territorio liberado (liberado de nosotros, los no nacionalistas, se entiende). Para nosotros, en cambio, una ikurriña en la fachada del ayuntamiento significa vivir en uno de esos pueblos a los que la democracia nunca ha llegado y donde no existe libertad para disentir del abertzalismo alegre y combativo. En definitiva, vivir bajo una dictadura de gaztetxes, kalejiras y pancartas, siempre de los mismos.

Imaginémonos qué sucedería si los constitucionalistas en el País Vasco optaran por rechazar la ikurriña y exigir una bandera consensuada, que sirviera como símbolo de todos y no sólo de una parte de la sociedad. Imaginemos que incluso, con la historia en la mano, demandaran la integración de todas o al-

No es difícil imaginar lo harían en el País Vasco si les exigieran colocar una bandera que no fuera la ikurriña

gunas de las Provincias Vascongadas en Castilla y León. ¿Creen que los nacionalistas permitirían de buen grado y en nombre de la tolerancia que la bandera de esta comunidad ondeara allá donde sus partidarios fueran mayoría? La reacción ante la manifestación del sábado nos da la respuesta: el mero hecho de que nos manifestemos los regionalistas, socialistas y liberal-conservadores, reivindicando el símbolo de una Navarra plural, foral y unida, ha suscitado una campaña de acoso contra sus promotores, a los que han tildado de ultras ("ultras", claro, no como la sana chavalería que participó en la "trifulca" de Alsasua). Creen, al parecer, que la calle es suya y que a los demás no nos queda sino doblar la cerviz a su paso.

Es preciso insistir, además, en que la ikurriña en Navarra no es la bandera vasca. Es la bandera de los aberzales. Inventada por Sabino y Luis Arana, dos hermanos fanáticos religiosos, racistas y antisemitas, que buscaron expresamente representar con ella a los vascos puros, frente a los impuros, los maketos y los maketizados. El hecho de que se haya convertido en la bandera de todo un territorio representa, de por sí, una anomalía en una sociedad democrática. Resulta, por último, tan contradictorio que partidos contrarios a tradiciones como la visita del Ángel de Aralar y que piden la retirada de la Cruz de la corona real de nuestro escudo, reivindiquen, en cambio, una bandera diseñada para simbolizar el imperio de la Cruz sobre Vizcaya!

Iñaki Iriarte López es profesor de la EHU/UPV y parlamentario foral de UPN

Francisco Muro de Iscar



PERO ¿QUIEN QUIERE LA INDEPENDENCIA?

NADIE duda de que Mariano Rajoy no ha llevado bien el problema catalán, por más que como presidente del Gobierno de España ni puede permitir la secesión ni dar alas a los independentistas. Es posible que su falta de presencia en Cataluña y de una campaña activa para poner en valor a España haya aumentado el número de independentistas y, sobre todo, haya radicalizado a los más jóvenes y a los más extremos. Pero haciendo el "Tancredo" ha conseguido que el proceso catalán vaya perdiendo fuerza día tras día y sólo se sostenga por la absoluta necesidad de mantenerlo como autodefensa por parte de sus impulsores tanto para tapar la corrupción como la seguridad de que no van a ninguna parte. Ni siquiera después de las últimas elecciones, el Gobierno ha cambiado su política en Cataluña. Sólo está allí de visita. Si lo hubiera hecho, sin duda sería aún menor el número de catalanes que quieren la independencia. Rajoy es responsable, pero no el único y, desde luego tampoco el mayor. El PSOE no sabe lo que quiere para Cataluña y sus dos almas se pelean cada día sin conseguir una respuesta a la altura de su historia. Y es el culpable de la crecida independentista porque fue Zapatero el que en lugar de frenarla, la impulsó. Como gobernante prometió lo que nunca debió hacer y se cargó la autoridad de las instituciones del Estado. Ciudadanos, quizás el más coherente, pierde fuerza en Cataluña y no representa un poder suficiente para oponerse al poder clientelista que ha dominado Cataluña, con algún relevo nefasto, desde el retorno de la democracia. Nadie puede predecir dónde acabarán Podemos y En Comú pero su interés en desmontar la actual democracia y sustituirla por no se sabe qué y su oportunismo les acercan más a los intereses soberanistas que a los del conjunto de los españoles. Lo mismo se podría decir de los empresarios catalanes. Reclaman diálogo, pero, salvo excepciones han guardado un silencio culpable, provocado por el miedo. Jueces, funcionarios, escritores, policías, empresarios, ejecutivos y muchos más ciudadanos corren un serio riesgo de ser ciudadanos de segunda o, en todo caso, de poner en riesgo su libertad como ciudadanos españoles y europeos. Y han permitido, sin protestar que los actuales gobernantes fracturen en dos a la sociedad catalana. Hoy hay dos Cataluña, la del poder casi absoluto y la ciudadana; la independentista, minoritaria, y la que quiere seguir viviendo en España, mayoritaria. Pero ésta calla. Cataluña es lo que es y tiene la mayor autonomía de su historia, incluida la República, gracias a la Constitución de 1978. Claro que hay que dialogar. Pero con más de un 60 por ciento de catalanes contra la independencia no se puede avanzar un paso más en esa dirección sin que los partidos asuman sus responsabilidades y actúen los mecanismos constitucionales que sean.

¿Por qué siempre pagan los mismos?

NO creo que haya nada más duro que estar estos días en la piel de los trabajadores y trabajadoras de Mediterránea de Catering, que, como siempre, van a acabar siendo los paganos y las paganas de las decisiones políticas que se toman desde el poder, de manera acertada o no, pero que siempre acaban dejando importantes daños colaterales.

Ya les fue difícil hace cuatro años a estos trabajadores asumir las "iras" de parte de la sociedad, por la desacertada y errónea decisión de privatizar un servicio que nunca debía haber dejado de ser público, como el tiempo ha demostrado.

Trabajadores y trabajadoras que tuvieron que defender su profesionalidad, puesta en cuestión día sí y otro también en todos los altavoces mediáticos posibles, cuando únicamente eran personas que querían trabajar y tuvieron su oportunidad de hacerlo, al margen de sus ideas políticas y de su opinión acerca

de las decisiones que se habían tomado.

No tuvieron culpa alguna de los despidos que en 2013 supuso la privatización del servicio de cocinas de los Hospitales, por parte del anterior Gobierno de UPN. Solamente fueron profesionales en el desempeño de las funciones que la empresa les encomendaba. Y continuaron siéndolo durante cuatro años, hasta el mismo día que se enteraron, por los medios de comunicación, que sus contratos se iban a extinguir en quince días y que 126 personas se quedaban en la calle.

Con aquella noticia dio comienzo un infierno que, tras esa macabra cuenta atrás les ha llevado irremediablemente al desempleo. Porque, después de darlo todo, ven como les dejan a los pies de los caballos en medio de un fuego cruzado entre Mediterránea de Catering, que les tiene con-

Gorka Martínez



La Administración y la empresa dejan a 126 trabajadores a los pies de los caballos

Gorka Martínez Hurtado de Saracho es secretario general de FeSM-UGT